

## Capítulo 1. Miradas

Era la hora del último refresco antes del anochecer, así que la terraza del viejo y centenario casino del pueblo estaba llena, no quedaba ni una mesa libre, ni una silla, ni un hueco. Los dos camareros resultaban insuficientes para cubrir la demanda y, además, uno de ellos era inexperto, eventual, contratado para el verano y la masiva asistencia de foráneos. Al pobre se le notaba mucho. Sudaba, tropezaba, rompía algún vaso de vez en cuando, se equivocaba en los pedidos, llevaba las cosas de una mesa a otra. Y la gente, en su mayoría jóvenes ociosos, no le facilitaba la vida. Más que ayudarlo, le complicaban lo que podían, lo confundían, haciéndole dudar.

Aurelia, Vanesa y Lidia observaron cómo se reían de él un puñado de niños de una mesa próxima.

—Imbéciles —rezongó la primera.

—Lo son —aceptó la segunda—, pero reconoce que el chico se las trae.

—Hay que tragar mucha mierda para tener según qué trabajos —suspiró la tercera.

El camarero inexperto se alejó, y ellas le dieron la espalda al grupo de adolescentes.

Durante unos segundos no hablaron. Vanesa centró la atención en su vaso, al que solo le quedaba un sorbo de limonada. Lidia ya había apurado el suyo. Aurelia volvió a mirarlo a él.

Él.

Alto, hombros rectos, cuerpo bien marcado y dibujado por las formas de la camiseta, brazos musculosos aunque sin exceso, tal vez naturales, quizá un poco de gimnasio, cabello negro, ojos marrones, nariz recta, mentón poderoso, labios grandes, manos perfectas.

Una intensa atracción visual.

—¿Sabes quién es? —la hizo salir de su ensimismamiento la voz de Lidia.

Se sintió pillada.

Transparente.

—No.

—Es mono.

Vanesa también dirigió sus ojos hacia él.

—Psé —hizo un gesto de duda—, aunque tiene más de veinte, seguro.

Sus dos amigas la atravesaron con sendas miradas de rabia.

—Ni que tuviéramos todavía catorce o quince años —protestó Lidia.

—Ya sabes a qué me refiero —trató de contemporar Vanesa.

—No, no lo sé —quiso dejarlo claro Lidia.

—Mira, uno de veinte todavía se fija en una de diecisiete, y más si es potente, como nosotras. —Sonrió con poder antes de cambiar la expresión y agregar con tristeza—: Pero con veintidós o veintitrés, que son los que debe de tener ese...

—Yo lo veo tierno, de veintiuno —dijo Lidia.

—¿Veintiuno? ¡Las ganas!

Miraron a Aurelia.

—¿Tú que dices?

Ella se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—Alguna idea tendrás —la pinchó Vanesa—. No paras de mirarlo.

—Veintitrés. Y no le estoy mirando.

—¡Anda que no!

—Yo solo sé —insistió en el tema Vanesa—, que estamos en el pantano de la indefinición: para unos somos todavía crías de diecisiete, y para otros, viejas de dieciocho.

—Sí, es la peor edad —la secundó Lidia.

—Fatal —concluyó su amiga.

Aurelia tuvo que apartar los ojos, de pronto, porque el aparecido depositó los suyos en ella, y no de manera casual, como si fuera la primera vez que la veía. En cambio Vanesa y Lidia mantuvieron los suyos en él, firmes y decididos, casi desafiantes.

—Te está mirando a ti. —Vanesa golpeó la silla de Aurelia con el pie.

—Y desde luego es mono —quiso dejarlo claro Lidia—. Me gustaría verlo de pie, para ver como tiene el culito.

—¡Tú y tus culitos!

—Cada cual tiene sus fetiches y sus gustos.

—Ya no mira, aprovecha. —Volvió a darle con el pie en la silla.

—No me mira a mí.

—¡Oh, sí!

Ni se dieron cuenta de que, por detrás, llegaba alguien.

El chico se detuvo sin decirles nada hasta que les soltó un grito:

—¡Ah!

Las tres pegaron un brinco.

—¡Vicente, idiota!

—¡Qué bruto eres!

—¡Por poco tiro la mesa!

Se quedó de pie, buscando una silla libre.

—¿De quién habláis? —quiso saber.

—¿Hemos de hablar de alguien? —dijo Lidia.

—Cuando tres chicas cuchichean y centran su atención en algo, sí. Vamos a ver... —Intentó localizar el foco de la atención de sus amigas y no tuvo que dudar demasiado—. ¿Es ese, el de la camiseta de Coldplay y pinta de modelo?

—¿Tú le ves pinta de modelo? —Abrió los ojos Vanesa.

Vicente se encogió de hombros.

—Lo vi ayer. —Pasó de dar una respuesta.

—¿Dónde? —preguntó Lidia.

—Vaya, mucho interés, ¿no?

—Es por ella. —Señaló a Aurelia—. Le gusta.

—Oye, vale ya —se cansó la aludida.

—¡Huy, como estás este verano, tía! —se ofendió su amiga.

—Lo vi en el súper, estaba comprando comida —contó Vicente—. Y desde luego cargó el carro.

—Estará con alguna chica —consideró Lidia—. Un espécimen así no anda suelto por ahí.

—Iba solo —advirtió Vicente.

—El verano promete. —Vanesa tocó por tercera vez la silla de Aurelia con el pie.

Un segundo chico llegó hasta ellas.

—¡Hola!

—¡Gabriel!, ¿dónde te habías metido?

—Yo no soy un ocioso veraneante como algunos. —Miró alternativamente a Vanesa, Lidia y Vicente—. Yo vivo aquí y tengo obligaciones, ¿vale?

—Míralo, el terrateniente.

—Ese es mi abuelo. Mi padre tiene lo justo y yo menos de nada. —Deslizó una mirada alrededor para tratar de localizar alguna silla libre y al darse cuenta de que todas estaban ocupadas desistió—. Nos vamos a ir todos a casa de María, ¿os venís?

—Yo quería ver el partido —dijo Vicente.

—¡Pero si es pretemporada, hombre! ¡Vaya miermo! ¡Y además siempre perdéis!

—No seas plasta, va.

—¡Lo ves en casa de María! ¡Seguro que algún idiota más se apunta!

Lidia se puso en pie.

—Yo me apunto.

Vanesa y Aurelia intercambiaron un gesto cómplice, luego secundaron a Lidia. En el momento de hacerlo, Aurelia depositó por última vez sus ojos en el recién llegado, de soslayo.

Se puso roja.

Porque él seguía ahora atentamente sus movimientos.

Bueno, los de todos ellos.

Quizá su atención se centrara en Vanesa, mucho más exuberante, o en Lidia, que era un cromo.

Quizá.

Le dieron la espalda al chico y se alejaron de allí esquivando al camarero inexperto, que se cruzó con ellas sudando la gota gorda y con una docena de vasos en precario equilibrio sobre la bandeja que sostenía firmemente con ambas manos.